

#NiUnaMenos: el grito de todo un país

En más de cien ciudades de Argentina hubo marchas multitudinarias para manifestarse contra la violencia machista. Un equipo de anfibios de la Comunidad salió a las calles a buscar respuestas: Buenos Aires, La Plata, Rosario y Resistencia. La primera experiencia colectiva de Anfibia con sus lectores.

Fotos Congreso: [Agu Jaurena](#)



La Plata: Mujer otoño
Por [Daniela Venturuzzo](#)

Cuatro son las mujeres que hace más de 100 años están en cada esquina de la Plaza Moreno. Una de ellas, la de otoño, se eleva a la izquierda, frente a la Catedral, a sólo unos metros del corazón de la ciudad. Está envuelta en telas y en su cabeza reposa una corona de hojas de piedra. Como todas, es una fuente, sólo que sus años no son

mortales. Desde la altura, ha escuchado el pedido desesperado de justicia para la familia de Barreda y para [los femicidios de La Loma](#). También, ha visto pasar, emanando lucha, a Estela y su pañuelo y a Rosa con Miguel Bru.

Sin embargo, a pesar de su experiencia, hoy está sorprendida. Nunca, cree, ha visto su casa tan repleta de gente. Pero sobre todo, está segura de que nunca la ha visto tan desbordada de mujeres. Está pensando en eso cuando se distrae con una carcajada colectiva que resuena a sus espaldas. Son tres chicas de 18 años. Vienen de Berisso, una localidad a unos 10 kilómetros: “Por mi barrio un chico mató a su novia y después se suicidó. Nunca habíamos marchado por nada pero esto es importante. Ella hizo un cartel”, dice una mientras señala a su compañera que de la vergüenza ríe fuerte y se atormenta con el humo de un porro finito. El cartón que sostienen tiene una chica y un cuervo: “Vivas nos queremos. Ser mujer no debe ser un peligro. #Niunamenos”.



En el banco de al lado, una maestra canosa mira la escena. Vino a la plaza porque su marido se lo pidió, porque están cansados de que se maten a tantas. Más lejos, al costado de un cantero, los integrantes de la Asociación Protectora de Animales levantan un afiche. Ni una menos dice, ése y todos. Que son muchos.

Una consigna para cuerdas y cuerdas de sentidos diversos que se agrupan en banderas, remeras y pañuelos. Resuenan los nombres de las que ya no están. “Somos un montón”, susurra una. Y tiene razón. Somos la estudiante, la madre y sus hijas, la trabajadora, la ama de casa, la argentina, la boliviana y la paraguaya. La lesbiana, la trans, la bi y la hetero. La católica, la zurda y la facha. Es la confluencia que soñó Laclau: un nosotros armado en un reclamo histórico que por hoy se despliega en las calles. Ya llegará a las casas y a las camas.

Luego de unas cuadras, el andar se adueña del centro comercial, mientras desde las vidrieras las vendedoras miran pasar su espejo. Algunas salen a la vereda y aplauden un rato, antes de volver a doblar remeras brillantes. Los empleados del McDonalds cierran rápido las mesas y guardan las sillas, vigilados por una publicidad rosa que habla de lo necesario que es para la mujer un tutorial que explique cómo hacer para que le entre todo en una valija. “Qué cartel raro”, comenta un hombre en bicicleta y se choca con otro que camina contracorriente, con una guitarra de la que cuelga un esqueleto en miniatura.

Sobre calle 7, al lado de una parada de micro, el Secretario General de la Gobernación de la provincia de Buenos Aires, Martín Ferré, habla por teléfono mientras cientos de militantes de izquierda desfilan a su lado cantando contra el Estado y repartiendo folletos. Nadie lo reconoce.

Al llegar a Plaza San Martín, veinte mujeres saltan en un pogo: “Que se cuiden los machistas, somos brujas feministas”. Algunas leen un documento, piden por la efectiva aplicación de la ley de protección integral contra la violencia hacia las mujeres. La multitud se dispersa.

A unas cuadras, desde su isla, la mujer otoño de Plaza Moreno se siente orgullosa. Una ráfaga de aire corre por las diagonales y sacude los árboles. Las hojas deciden salir juntas a volar. A lo lejos, una joven camina hacia su casa empujando el coche de un niño que duerme abrazado a una flor. Sobre su cabeza hay un papel: “Ni una menos”.

Resistencia: la plaza que hizo ruido en Chaco

Por [Paola Fernández](#)

La plaza 25 de Mayo es el centro cartográfico de la ciudad. Cuando los resistencianos nos convocamos, la cita casi siempre es acá. La última vez que vine a una convocatoria fue en el 2012. ¿El motivo? El mismo: buscábamos a [Tatiana Kolodziey](#). Pero un martes de octubre la encontramos asesinada en un descampado, a tres kilómetros de Resistencia. Había tomado un taxi para volver a su casa, pero no regresó. Entre las pancartas de quienes marchamos, veo un par de fotos donde se la ve sonriente, feliz.



Chaco es la cuarta provincia con más femicidios registrados en el país. Eliana, Nancy, Gabriela, Cecilia, Claudia, Aldana, Graciela, Verónica son apenas algunos de los nombres que están sonando ahora en los altoparlantes y que pueden retratar, por sí solos, una pesadilla.

La plaza está llena y las calles que la rodean también. Unos cuatrocientos metros cubiertos de gente, es decir, somos bastantes: no es habitual que los resistencianos coincidamos en consignas concretas. Vinieron desde organizaciones no gubernamentales y agrupaciones políticas, hasta organismos estatales. También la universidad y varios colegios secundarios suspendieron sus clases para la convocatoria.

Desde temprano hay una puesta en escena con diferentes manifestaciones artísticas alrededor de la plaza: un lienzo de autoría colectiva que retrata a dos mujeres, fotografías que expresan el espíritu femenino en todas sus dimensiones, performances y alumnos de colegios secundarios compartiendo reflexiones que, me cuentan, salieron de las aulas.

Música, mujeres que pintan en el asfalto los nombres de algunas víctimas, sus edades y las causas de sus muertes. Las historias se visibilizan. Como la de Anabella Luque, que espera en Italia -sola y amenazada por su exmarido- la tenencia de sus hijos, de cuatro y seis años. El padre de Anabella dice que la peor violencia es la institucional: los gobiernos de ambos países no hicieron absolutamente nada para resolver la situación. Y su madre se quiebra y confiesa, entrecortadamente, que ya no sabe cómo hacer para pedir a las autoridades que protejan legalmente a su hija, quien no puede ver a su familia.

No somos solo mujeres. Hay chicas, chicos y hombres. Hay muchos y me alegra. Algunos vienen solos, otros con sus novias o con sus hijos. Me gusta imaginar que la perspectiva es diferente ahora que salimos a marchar juntos. Que ellos están pensando que ya no interesa demasiado el hecho de hacerlos parte del problema, sino más bien de la solución. Me gusta imaginar, además, que esta convocatoria no tiene oposición,

aunque la tenga. Es que estoy sintiendo, por fin, que todos estamos de acuerdo en algo: que la atrocidad –aunque violenta, aunque profundamente dolorosa- de una mujer muriendo cada treinta horas por un femicida, nos une y nos obliga a tomar parte.

Esta no es una marcha sin consignas. Estamos diciendo Ni una mujer menos. O, en definitiva, estamos diciendo que estamos acá porque estamos vivas. Y porque queremos seguir estándolo.

Congreso: Cicatrices de batalla

Por [Lucila Acciarressi](#)

En plena plaza Congreso, la mamá de Daiana Díaz agarraba con las dos manos un cartel enorme de color violeta y letras rojas junto a otras cuatro mujeres, todas jóvenes. “Vengo por ella y por todas las mujeres que son golpeadas”, dijo después de contarme el episodio que llevó a su hija a estar en una cárcel desde hace exactamente tres meses. Daiana se defendió del golpeador, padre de sus hijos pequeños, y por eso fue castigada. La jueza a cargo del caso no defendió los derechos de los niños y, mientras tanto, el agresor todavía está suelto. Como Pablo, a quien su ex esposa dejó a cargo de Constanza, su beba de cinco meses, y al llegar al departamento la encontró muerta. O como el asesino de Noely, que era su novio hasta que le dio ocho puñaladas. Son historias que las cuentan no sólo con afiches y pancartas, sino con la cara, la piel, los ojos.



“Para un juez es más importante ir a allanarle la casa a un panadero que le tiró gas pimienta a los jugadores de River que buscar al tipo que mató a una mujer”, me dijo una amiga de [Suhene](#), quien murió el pasado marzo como consecuencia de una golpiza de Damián Loketek, su novio. Suhene no se había quedado callada, y el resultado fueron denuncias cruzadas debido a que la policía había aconsejado a Loketek que la denunciara también: ella lo había mordido en un arrebato de desesperación mientras él intentaba ahorcarla. La justicia tardó dos meses en reabrir la causa y aceptar a la familia como querellante. El asesino de Suhene no tiene orden de captura, se negó a declarar y sigue haciendo su vida con normalidad.

Mientras hablaba con la amiga de Suhene, una mujer de pelo corto negro y de cuerpo muy chiquito, apareció y se paró a escuchar. Cuando pudo habló, casi sin que atinara a preguntarle nada. Se llamaba Mari, y con sus ojos negros en compota denunció que hace más de diez años que está en Buenos Aires pasando una vida triste y de marginación, viviendo en una habitación alquilada de cuatro por cuatro. Perdió todo; su casa y sus muebles, su trabajo, su dinero. Me contó que vino sin nada, sólo con sus hijos y la ropa que llevaban puesta, durmieron en la calle o en iglesias, y ella estuvo siendo perseguida

como una victimaria. “Mi hijo a los diez años me decía: ‘mamá, papá se durmió con la pistola en la mano, ¿por qué no se la sacás y le metés un tiro en la cabeza?’”, me confesó entre lágrimas. Mari tiene una denuncia por secuestro de menores y no puede volver a su provincia natal: el precio de escapar junto a sus hijos -quienes hoy ya son adultos- del hombre que los maltrataba día a día. Me describió cómo jueces y policías, entre risas, le hicieron comentarios al estilo “con ese traste cómo no lo vas a volver loco”, y cuando conseguía una mínima atención le decían que tenía que agradecer que no la restituyeran a la provincia de donde venía. Mari me habló entre empujones de la gente, gritos, cantitos y música. La tarde empezó a hacerse noche pero eso no la detuvo a ella ni a los que continuaron rodeando la plaza, ubicándose en el centro, o a los que recién llegaban para dar su parte. Cuando parecía ya abatida, a Mari se le secaron las mejillas: “Yo sobreviví y mis hijos han sobrevivido. Tengo que llorar por las mujeres y los niños que están enterrados bajo tierra y ya no pueden hablar.”

Congreso II: los alumnos al poder

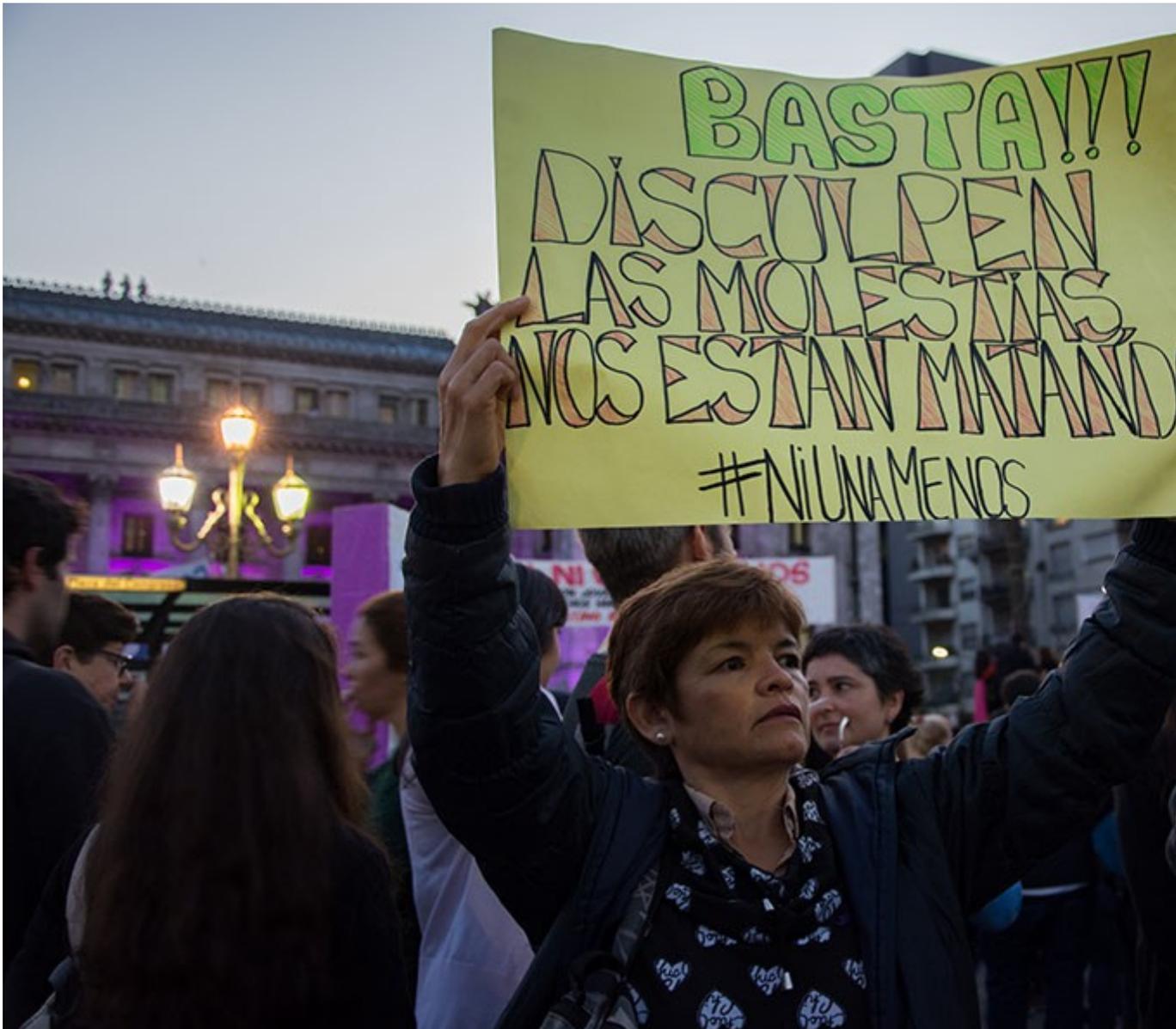
Por [Mecha Miguel](#)

Me subo al tren para ir a la marcha. Pasada la primera estación veo que un tipo de poco menos de treinta años se desarma en ademanes para que una mamá que se acaba de subir con su hijo lo vea, para cederles el asiento. La mujer logra verlo y ocupa el lugar, mientras su hijo agradece el gesto diciendo que Papá Noel le va a traer regalos y medias nuevas.



Camino hacia el Congreso, dos chicas despegan con vehemencia de cuanto poste se les cruza, cartelitos fuxias que ponen en alquiler los cuerpos de otras chicas: “Para decir ‘ni una menos’ hay que dejar de ir de ‘putas’”.

Los alumnos del último año de la Escuela N°6 de Florencio Varela llevan adelante un proyecto para derribar los estereotipos de género, argumentando que estos generan violencia y afectan tanto a hombres como a mujeres. El Centro de Estudiantes de la Escuela Federico García Lorca, hace lo propio junto con sus profesoras y su directora. Ambos dicen que la violencia se genera (y por lo tanto se debe combatir) en el día a día. Y los chicos del Instituto ILZ de Lomas de Zamora apoyaron con cánticos: “No hay crimen pasional/hay violencia patriarcal” o “No más abusos/no más violaciones/mi cuerpo es mio/ yo tomo decisiones”.



[Pamela Arévalo](#) tenía quince años, como estos chicos que marchan ahora. El 21 de mayo a la madrugada fue a decirle a su pareja, Marcelino Ríos, que lo dejaba. Cuando se iba de su casa con su bebé en brazos, Marcelino le disparó en la nuca. La columna de vecinos y amigos de Pamela, con su foto como bandera, avanza atravesando un mar de carteles: “No queremos ser valientes, queremos ser libres”, “La violencia deja marcas, no verlas deja femicidios”, “No puedo ser la mujer de tu vida porque soy la mujer de la mía”.

Pasos más tarde, Lucía me cuenta que vio a una mamá con sus nenas de alrededor de siete años llevando carteles camino a la marcha. Exigen justicia: Juan José Campos es el único sospechoso por el asesinato de [Romina y Estefanía Wilson](#), madre e hija de 44 y 19 años. Las mataron este año en Constitución. Campos está prófugo.

Escucho gente cantando:

- ¿Qué somos?
- ¡Mujeres!

-¿Qué queremos?
-Ni una menos

Me acerco y veo un grupo de jóvenes que hace un número de baile. Son de [Crear Vale la Pena](#), una organización social que trabaja por la transformación social desde el arte en el barrio La Cava. Inés es su fundadora y presidenta. Me explica que la transformación social también implica encontrar un lugar distinto para la mujer. También me cuenta que la coreografía la armó una bailarina de su centro cultural que fue víctima de violencia de género y que en el grupo hay mujeres que sufrieron acoso, golpes o violaciones. Se ponen la causa al hombro porque sabe que el problema de una es un problema de todos.

Rosario: Un monumento a la lucha *Por [Camila Escobar](#)*

Fue real. Luego de semanas de naufragar en hashtags y consignas en las redes sociales: todo sucedió. En el Monumento Nacional a la Bandera de Rosario, desde tempranito, alrededor de las cuatro, fueron asomándose los primeros asistentes, seguidos de unos cuantos curiosos que observaban cómo se iba gestando de a poco la concentración. Apareció un cartel, un segundo, un tercero y así. Algunos se pusieron vinchas y pañuelos que acompañaban la causa y otros elevaron al cielo afiches con fotos de Wanda, de Candela, de Ángeles, de Melina, de Chiara y un doloroso etcétera.

Puntual, apenas entradas las cinco, comenzó el desfile de militantes agitando sus banderas y coreando efusivamente canciones. Asociaciones, partidos políticos, sindicatos, agrupaciones religiosas y espirituales, grupos de artistas, algunos funcionarios públicos y cientos de rosarinos más llenaron de color el monumento con sus pancartas y de compromiso y convicción con su grito contra la violencia.



El panorama prontamente se llenó de familias, madres y padres con sus hijos, ancianos, estudiantes de secundaria y universitarios, parejas y amigos. Remeras, carteles, historias y luchas afloraban desde todos los rincones. La unión, dentro de tanta diversidad de edades, situaciones personales y sectores sociales, se encontraba en la gente. En el padre que explicaba a sus hijas porque estaban allí. En el matrimonio que llevó a sus cuatro hijos para que no sean ajenos, para que se involucren y tomen conciencia. En los chicos de muchos colegios, como los de la Escuela Técnica n° 1407, de Barrio Las Flores, que administran un [blog](#) para concientizar sobre la violencia de género. En las decenas de

mujeres embarazadas que marchaban a cuestas con sus panzas, dispuestas a fomentar un futuro más ameno para sus hijos.

No hubo discursos o actos. Los protagonistas de la tarde fueron la espontaneidad, el acompañamiento moral, la fuerza que movió a una gran parte de una ciudad, los intercambios de vivencias y opiniones entre los concurrentes, los abrazos, el reclamo aunado de todos. De las abuelas que sintieron el deseo de ayudar y se juntaron para rescatar a víctimas de maltrato, ampararlas a ellas y a sus hijos. Del grupo de actores disfrazados de payasos y hacían a reír a medio mundo, o de los músicos que ambientaron la marcha con candombe y batucada.

Definitivamente fue real. Tan real como el acoso callejero, como el maltrato laboral, como la violencia ejercida en todas sus formas, como las violaciones, como los femicidios. Fue real, como real es el deseo colectivo de que sea real el hecho de no llamarle piropo, de no someterse ni someter, de no preguntar qué hicieron para que les peguen o insulten, de no decir que se lo buscaron por vestirse así (como puta), de que no haya #NiUnaMenos.